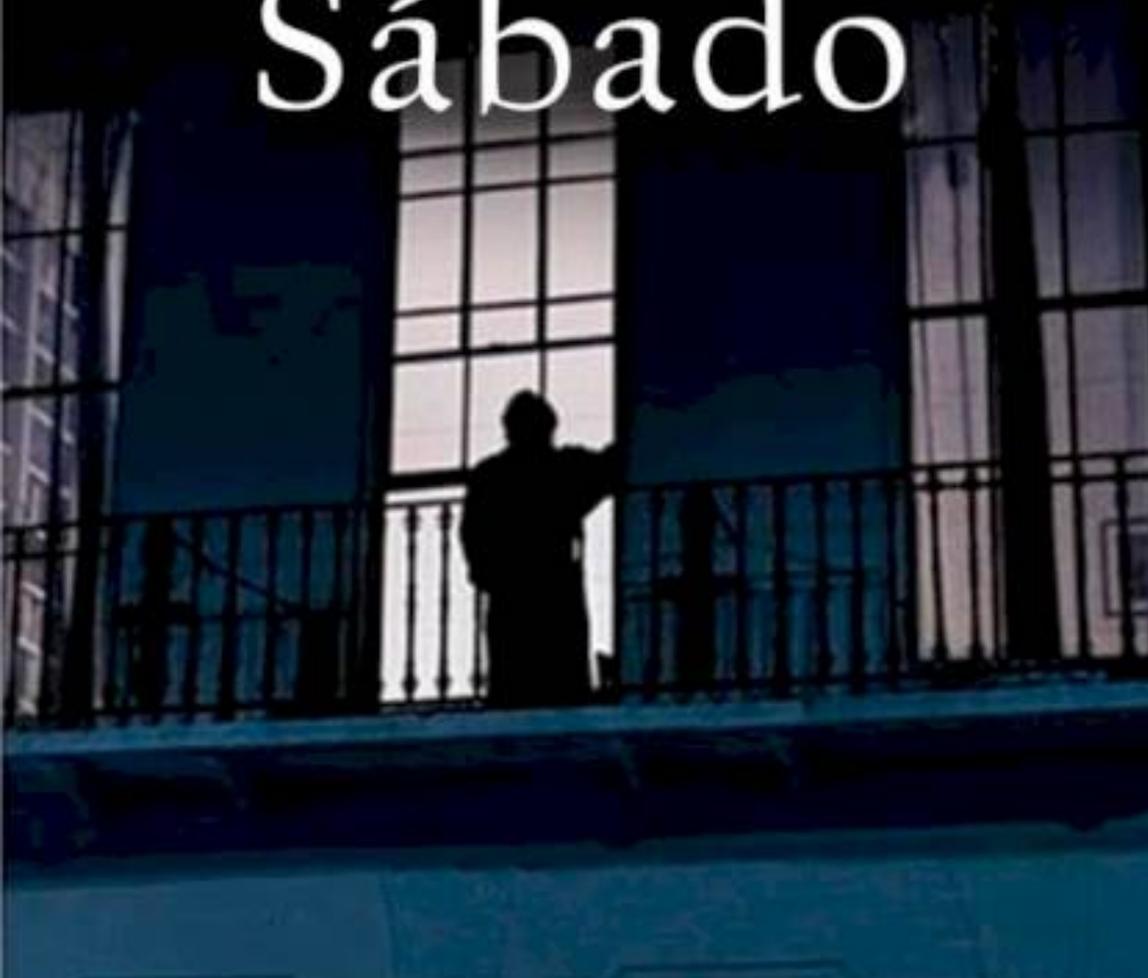


Ian
McEwan

Sábado



Henry Perowne es un hombre feliz. Es un reconocido neurocirujano y está casado con Rosalind, una abogada de un importante periódico. Ambos disfrutan su trabajo, se quieren y quieren a sus hijos, un prometedor músico y una joven poeta. Es sábado, 15 de febrero de 2003, el día de las grandes manifestaciones contra la guerra de Irak. Henry se despierta, va hacia la ventana de su dormitorio y ve un avión en llamas que sobrevuela Londres muy bajo. Henry teme un accidente terrible, un ataque terrorista. Más tarde, escuchando la radio, sabrá que se trata de un aterrizaje forzoso. Y Henry volverá a dormir, y hará el amor con su mujer, y se irá luego a su partida de squash semanal. Pero la visión nocturna no ha sido sino el presagio de la realidad azarosa que irrumpirá en la plácida burbuja de su vida tan armoniosa...

A Willy Greg McEwan

¿Por ejemplo? Pues, por ejemplo, lo que significa ser un hombre. En una ciudad. En un siglo. En transición. En una masa. Transformado por la ciencia. Bajo un poder organizado. Sometido a controles tremendos. En el estado resultante de la mecanización. Después del último fracaso de las esperanzas radicales. En una sociedad que no era una comunidad y devaluaba a la persona. Debido al poder multiplicado de números que volvían desdeñable al individuo. Que destinaba miles de millones a gastos militares contra un enemigo extranjero pero no pagaba por mantener el orden nacional. Que permitía el salvajismo y la barbarie en sus grandes ciudades. Al mismo tiempo, la presión de millones de seres humanos que han descubierto lo que pueden hacer los esfuerzos y los pensamientos coordinados. De igual manera que megatones de agua moldean organismos en el lecho oceánico. Que las mareas pulen las piedras. Que los vientos horadan acantilados.

La hermosa supermaquinaria que abre una nueva vida a la innumerable humanidad. ¿Les negarás el derecho a existir? ¿Les pedirás que trabajen y sufran hambre cuando tú disfrutaste de valores anticuados? Tú..., tú mismo eres hijo de esta masa y hermano de todo lo demás. De lo contrario eres un ingrato, un diletante, un idiota. Ahí, Herzog, pensó Herzog, puesto que has pedido un ejemplo, ahí lo tienes.

SAUL BELLOW
Herzog
1964

uno

Al despertar, horas antes del alba, Henry Perowne, neurocirujano, descubre que ya está en danza, aparta las mantas de su postura sedente y se levanta. No sabe con certeza el momento exacto en que ha despertado, pero tampoco le importa. Nunca ha hecho algo así, pero no se alarma y ni siquiera se sorprende un poco, porque el movimiento de sus miembros es ágil y placentero y nota una fuerza insólita en la espalda y las piernas. De pie y desnudo junto a la cama —siempre duerme desnudo—, siente su plena estatura, la respiración paciente de su mujer y el aire invernal del dormitorio en la piel. Lo cual también es una sensación placentera. El reloj de la mesilla marca las tres cuarenta. No sabe qué está haciendo levantado: no necesita aliviar la vejiga, no le perturba un sueño, tampoco un elemento del día anterior ni el estado del mundo. Es como si, ahí en la oscuridad, saliendo de la nada se hubiese materializado entero, completo, sin impedimentos. No está cansado, a pesar de la hora o de los trabajos de la víspera, ni le turba la conciencia ningún caso reciente. De hecho, está despabilado, tiene la mente en blanco y le embarga un júbilo inexplicable. Sin una decisión tomada, sin que le mueva un propósito, se dirige hacia la más cercana de las tres ventanas del dormitorio y siente su paso tan fácil y liviano que sospecha al instante que está soñando o sonámbulo. Si es así, sufrirá una decepción. Los sueños no le interesan; que esto sea real es una posibilidad más enjundiosa. Y sabe seguro que es totalmente él mismo, y sabe que está despierto: conocer la diferencia entre esto y despertar, conocer las fronteras, es la esencia de la cordura.

El dormitorio es espacioso y despejado. Al atravesarlo, como quien se desliza, con una soltura casi cómica, le entristece unos segundos la perspectiva de que esta experiencia acabe, pero enseguida lo olvida. Al lado de la ventana del centro abre con tiento, para no despertar a Rosalind, los altos postigos plegables de madera. En esto es a la vez egoísta y solícito. No quiere que le pregunten qué está haciendo: ¿qué podría responder, y por qué, al intentarlo, perderse este momento? Abre el segundo postigo, deja que se encastre contra el marco y levanta sin ruido la ventana de guillotina. Es muchos centímetros más alta que él, pero sube sin dificultad, izada por el oculto contrapeso de plomo. Se le tensa la piel cuando el aire de febrero irrumpe en la habitación y lo envuelve, pero el frío no le molesta. Observa la noche desde el segundo piso, la ciudad y su gélida luz blanca, los árboles esqueléticos de la plaza y, nueve metros más abajo, las verjas con sus puntas de flecha negras, como una hilera de lanzas. La temperatura es de uno o dos grados bajo cero y el aire es limpio. El fulgor de la farola no ha borrado por completo todas las estrellas; más arriba de la fachada Regencia, al otro lado de la plaza, se ciernen vestigios de constelaciones en el cielo meridional. Esa fachada en particular es una reconstrucción, un pastiche —Fitzrovia recibió algunas andanadas de la Luftwaffe durante la guerra—, y justo detrás está la torre de Correos, municipal y sórdida de día, pero de noche semiescondida y decentemente iluminada, un recordatorio valiente de tiempos más optimistas.

Y ahora, ¿cómo son los tiempos? Son días de desconcierto y de miedo, suele pensar cuando roba un rato de su ronda semanal para pensarlo. Pero en este momento no los siente así. Se inclina hacia delante, descansa todo su peso en las palmas contra el alféizar y exulta ante el vacío y la claridad de la escena. Su vista —siempre buena— parece haberse aguzado. Ve relucir la mica del enlosado en la plaza peatonizada, donde el frío y la distancia han convertido

los excrementos de palomas en algo casi hermoso, como nieve dispersa. Le gusta la simetría de los postes negros de hierro fundido y sus sombras aún más oscuras, y la celosía de las alcantarillas de adoquines. Los cubos desbordantes de basura sugieren abundancia más que escasez; los bancos vacíos alrededor de los jardines circulares parecen esperar con benevolencia el trasiego cotidiano: oficinistas en la alegre hora del almuerzo, los chicos solemnes y aplicados de la residencia india de estudiantes, amantes en crisis o en callados raptos, el trapicheo vespertino de camellos, la anciana decrepita y sus gritos feroces, inquietantes. ¡Marchaos!, grita durante horas seguidas, y su graznido ronco suena como un ave de las marismas o un animal del zoo.

Desde donde está, tan inmune al frío como una estatua de mármol, Henry mira hacia Charlotte Street, hacia una mezcla de fachadas, andamios y tejados, y piensa que la ciudad es un éxito, una invención brillante, una obra maestra biológica: alrededor de los logros seculares acumulados en capas como en torno a un arrecife de coral, una población ingente duerme, trabaja, se distrae, armoniosa en su mayor parte, y casi toda desea que la ciudad funcione. Y el rincón de los Perowne es una victoria de las proporciones convenientes; el cuadrado perfecto trazado por Robert Adam circunda un círculo de jardín perfecto: un sueño del siglo XVIII bañado y abrazado por la modernidad, por la luz de las farolas desde arriba y desde abajo por cables de fibra óptica, y agua dulce, fresca, que circula por tuberías, y cloacas que transportan la residual en un instante de olvido.

Observador habitual de sus estados de ánimo, se interroga sobre esta euforia sostenida y deformante. Quizás en el nivel molecular, durante el sueño, se haya producido un accidente químico: algo como una bandeja de bebidas derramadas activa receptores similares a la dopamina que desatan una benéfica cascada de sucesos intracelulares; o bien es la perspectiva de un sábado, o la consecuencia pa-

radójica del cansancio extremo. La verdad es que ha terminado la semana en un estado de agotamiento insólito. Al volver a una casa vacía se tendió en la bañera con un libro, contento de no hablar con nadie. Fue su hija Daisy, la instruida, la excesivamente instruida, la que le mandó la biografía de Darwin, que a su vez tenía algo que ver con una novela de Conrad que ella quiere que lea y que todavía no ha empezado; la vida en el mar, por muy cargada de moralidad que esté, no le interesa mucho. Ella lleva años remediando la que considera asombrosa ignorancia de su padre, dirige su instrucción literaria, le regaña por su mal gusto y su poca sensibilidad. No le falta razón: al pasar directamente del instituto a la facultad de medicina y de allí a los horarios de esclavo de un médico en prácticas y luego a la absorción total de la especialidad de neurocirugía, compaginada con una paternidad ejemplar, en quince años apenas ha tocado un libro que no sea de medicina. Por otra parte, Henry cree que ha visto suficiente muerte, miedo, valor y sufrimiento para abastecer a media docena de literaturas. Aun así, se somete a la lista de lecturas de Daisy; son su modo de mantenerse en contacto mientras ella se aleja de la familia hacia una feminidad incognoscible en un barrio de París; esta noche será la primera que pasa en casa desde hace seis meses: otro motivo de euforia.

Estaba retrasado en los deberes que le ponía Daisy. Controlando a intervalos con un dedo del pie la entrada de un nuevo chorro de agua caliente, leyó adormilado una crónica del ímpetu con que Darwin terminó *El origen de las especies* y un resumen de las páginas finales, modificadas en ediciones posteriores. Al mismo tiempo escuchaba las noticias de la radio. El imperturbable Blix ha vuelto a hablar ante la ONU; reina la impresión general de que ha socavado algo las causas a favor de la guerra. Luego, convencido de que no había asimilado nada, Perowne apagó la radio, volvió a pasar las páginas y leyó de nuevo. Había momentos en que la biografía le inspiraba una confortable nostalgia

de una Inglaterra verdeante, afectuosa y poblada de caballos de tiro; había otros en que le deprimía un poco que toda una vida pudiera condensarse en unos cuantos centenares de páginas: embotellada como un chutney casero. Y la facilidad con que podía desvanecerse del todo una existencia, sus ambiciones, sus redes familiares y de amigos, la sólida posesión de toda su amada sustancia. Después se tumbó en la cama para pensar en la cena y no recordaba nada más. Rosalind debió de taparle con mantas cuando volvió del trabajo. Le habría besado. Cuarenta y ocho años, dormido como un leño a las nueve y media de una noche de viernes: es la vida profesional moderna. Trabaja de firme, todo el mundo a su alrededor lo hace, y esta semana ha sido aún más dura por culpa de un brote de gripe entre el personal hospitalario; la lista de operaciones ha sido el doble de larga de lo normal.

Haciendo malabarismos, multiplicándose, llevó a cabo cirugía mayor en un quirófano, supervisó en otro a un adjunto y efectuó en un tercero intervenciones menores. Ahora tiene en su unidad dos adjuntos de neurocirugía: Sally Madden, casi cualificada y totalmente fiable, y otro en su segundo año, Rodney Browne, de Guayana, talentoso y trabajador, pero todavía inseguro de sí mismo. El anestesista de Perowne, Jay Strauss, tiene su propio adjunto, Gita Syal. Durante tres días, con Rodney a su lado, Perowne estuvo yendo y viniendo de las tres salas; el sonido de sus zuecos en los suelos encerados del pasillo y los diversos chirridos y gemidos de las puertas de vaivén del quirófano resonaban como acompañamientos orquestales. La lista del viernes era una lista típica. Mientras Sally suturaba a un paciente, Perowne cruzaba la puerta contigua para aliviar a una anciana de su neuralgia trigémina, su tic doloroso. Estas operaciones menores todavía le producen placer: le gusta ser rápido y preciso. Deslizó un índice enguantado hasta el fondo de la boca de la anciana para palpar la vía y luego, sin apenas echar una ojeada al monitor, introdujo una larga

aguja a través de la cara exterior de la mejilla, directamente hasta el ganglio trigémino. Jay acudió desde la sala de al lado para observar cómo Gita llevaba a la paciente a una breve conciencia. La estimulación eléctrica de la punta de la aguja le produjo un cosquilleo en la cara, y en cuanto ella confirmó, amodorrada, que la posición era la correcta —era la primera vez que Perowne la conseguía—, la sedó de nuevo mientras la termocoagulación por radiofrecuencia «cocinaba» el nervio. La delicada argucia consistía en eliminar el dolor conservando al mismo tiempo cierto sentido del tacto; todo ello en quince minutos y tres años de desdicha, de dolor agudo, lancinante, concluían.

Cortó el cuello de un aneurisma arterial en el cerebro medio —es casi un maestro en este arte— y realizó una biopsia de un tumor en el tálamo, una región donde no es posible operar. El paciente era un tenista profesional de veintiocho años, que ya sufría de una aguda pérdida de memoria. Cuando Perowne extrajo la aguja de las profundidades del cerebro vio con sólo echar un vistazo que el tejido era anormal. No esperaba gran cosa de la quimio ni de la radioterapia. La confirmación llegó en un informe verbal del laboratorio, y esa tarde comunicó la noticia a los ancianos padres del joven.

El siguiente caso fue una craneotomía para un meningioma en una mujer de cincuenta y tres años, directora de una escuela primaria. El tumor, situado encima del área motora y claramente definido, se replegó nítidamente ante el sondeo del disector Rhoton: un proceso enteramente curativo. Sally lo cosió mientras Perowne iba a la puerta contigua a practicar una laminectomía lumbar a varios niveles a un hombre obeso de cuarenta y cuatro años, un jardinero que trabajaba en Hyde Park. Perforó unos diez centímetros de grasa subcutánea hasta que quedaron expuestas las vértebras, y no ayudó mucho que el hombre se balancease cada vez que Perowne ejercía presión hacia abajo para recortar el hueso.

Para un viejo amigo, un otorrino, Perowne practicó una abertura en un neurinoma del acústico a un chico de diecisiete años; qué raro que estos especialistas en nariz, garganta y oído sean tan reacios a abrir sus propias vías difíciles. Perowne cortó un gran colgajo rectangular detrás de la oreja, lo que le llevó una hora larga e irritó a Jay Strauss, que quería continuar con la lista de la unidad. Por fin, el tumor fue visible al microscopio quirúrgico: un pequeño schwannoma vestibular a tres milímetros escasos de la cóclea. Perowne dejó que su amigo especialista realizase la escisión y se apresuró a llevar a cabo un segundo procedimiento menor que a su vez le produjo cierta irritación: una vociferante mujer joven, de actitud normalmente ofendida, quería que le desplazaran de atrás adelante el estimulador vertebral. Sólo un mes antes, Perowne se lo había cambiado de sitio porque ella se quejaba de que le resultaba incómodo sentarse. Ahora decía que con el estimulador le era imposible tumbarse en la cama. Hizo una larga incisión a lo largo del abdomen y perdió un tiempo valioso, hundido hasta los codos en el interior de la paciente, buscando el cable de la batería. Estaba seguro de que esta paciente no tardaría mucho en volver.

Almorzó un bocadillo de atún y pepino envuelto en plástico y una botella de agua mineral. En la cafetería atestada, cuyas tostadas y pasta calentada en el microondas siempre le recordaban los olores de la cirugía mayor, se sentó junto a Heather, la muy querida trabajadora que ayuda a limpiar los quirófanos después de las intervenciones. Ella le contó que habían detenido a su yerno por atraco a mano armada tras ser identificado por error en una rueda de sospechosos en la comisaría. Pero su coartada era perfecta: en el momento del delito, un dentista le estaba extrayendo una muela del juicio. En otras partes de la cantina hablaban de la epidemia de gripe: aquella mañana habían mandado a casa a una enfermera y a un médico en prácticas que trabajaban para Jay Strauss. Al cabo de quince mi-

nutos, Perowne ordenó a su equipo que volviera al trabajo. Mientras Sally, en la sala de al lado, taladraba un agujero en el cráneo de un anciano, un guardia de tráfico jubilado, para aliviar la presión de una hemorragia interna —un hematoma subdural crónico—, Perowne utilizaba el más reciente instrumento del quirófano, un sistema de navegación informatizado, para ayudarle en una craneotomía encaminada a la resección de un glioma frontal derecho. Después dejó que Rodney perforase con la fresa una subdural crónica.

La culminación de la lista del día era la extirpación de un astrocitoma pilocítico a una niña nigeriana de catorce años que vive en Brixton con su tía y su tío, pastor anglicano. El mejor modo de llegar al tumor era por la parte posterior de la cabeza, por una vía supracerebelar infratentorial, con la paciente anestesiada en posición sedente. Esto, a su vez, creaba un problema especial a Jay Strauss, porque había una posibilidad de que entrase aire en la vena y produjera una embolia.

Andrea Chapman era una paciente y una sobrina problemática. Cuando llegó a Inglaterra, a los doce años —el pastor y su mujer, consternados, mostraron a Perowne la foto—, era una chica achaparrada que llevaba un vestido, trenzas prietas y una sonrisa tímida. Algo que la vida campesina en el norte rural de Nigeria mantenía encorsetado en ella se liberó en su interior en cuanto ingresó en el instituto local de Brixton. Se aficionó a la música, la ropa, las charlas, los precios: la calle.

Era una chica díscola, confesó el pastor mientras su mujer trataba de tranquilizar a Andrea en el pabellón. Su sobrina se drogaba, se emborrachaba, robaba en comercios, hacía novillos, detestaba a la autoridad y «soltaba tacos como una verdulera». ¿Sería por el tumor que le presionaba alguna parte del cerebro?

Perowne no pudo ofrecer ese consuelo. El tumor estaba muy alejado de los lóbulos frontales. Era profundo, estaba situado en el vermis superior del cerebelo. Andrea ya había

sufrido jaquecas a primeras horas de la mañana, puntos ciegos y ataxia: desasosiego. Estos síntomas no disiparon la sospecha que tenía la paciente de que su estado formaba parte de un complot —el hospital, conchabado con sus tutores, el instituto, la policía— para poner freno a sus noches en los clubs. Horas después de ser ingresada ya se había peleado con las enfermeras, la monja del pabellón y una paciente anciana que dijo que no toleraría su lenguaje obsceno. Perowne tuvo sus propias dificultades para convencerla de que se sometiera a las penalidades que la esperaban. Aunque no se exaltó, Andrea fingió que hablaba como un rapero en la MTV, balanceando el torso mientras estaba sentada en la cama, e hizo movimientos circulares con las palmas hacia abajo, aplacando al aire que tenía delante, aprestándose para uno de sus ataques de cólera. Pero él admiraba su temple y los feroces ojos oscuros, los dientes perfectos y la lengua limpia y rosa que se enredaba alrededor de las palabras que articulaba. Tenía una sonrisa jubilosa, incluso cuando gritaba con una furia aparente, como si le cosquilleara la idea de saber hasta qué punto podía salirse con la suya. Para meterla en vereda tuvo que intervenir Jay Strauss, un norteamericano con la calidez y la franqueza que nadie más poseía en aquel hospital inglés.

La operación de Andrea duró cinco horas y salió bien. La colocaron en una postura sedente, con la abrazadera quirúrgica atornillada a un marco frente a ella. Tuvieron que extremar el cuidado al abrirle la nuca, debido a los vasos sanguíneos que corren muy cerca debajo del hueso. Rodney se inclinó junto a Perowne para irrigar la perforación y cauterizar la hemorragia con la bipolar. Por último quedó expuesto el tentorio —la tienda de campaña—, una bella estructura, pálida y delicada, como el pequeño torbellino de una bailarina con velo, donde la dura se junta y se separa de nuevo. Debajo está el cerebelo. Con un minucioso corte transversal, Perowne dejó que la propia gravedad lo empujase hacia abajo —no hacían falta retractores— y fue

posible ver en lo profundo de la glándula pineal el tumor que se extendía justo delante, como una vasta masa roja. El astrocitoma estaba bien definido y sólo parcialmente se había infiltrado en el tejido circundante. Perowne pudo extirparlo casi todo sin lesionar ninguna región vital.

Concedió a Rodney varios minutos con el microscopio quirúrgico y la ventosa y le dejó cerrar. El propio Perowne vendó la cabeza y cuando por fin salió del quirófano no se sentía nada fatigado. Operar no le cansa nunca; en cuanto se enfrasca en el mundo cerrado de la unidad, el quirófano y sus procedimientos prescritos, y se abstrae en el vivido escorzo del microscopio, que recorre un pasillo hasta un lugar deseado, experimenta una capacidad de trabajo (que parece más un ansia) sobrehumana.

En cuanto al resto de la semana, las dos rondas de visitas de la mañana no le exigieron más de lo habitual. Tiene demasiada experiencia para que le conmuevan la diversidad de aflicciones que encuentra: su obligación es ser útil. Tampoco le fatigaron las rondas de pabellón ni los diferentes comités semanales. Lo que le deprimió fue el papeleo de la tarde del viernes, el atraso en el traslado de especialistas, las reacciones al respecto, los extractos de dos conferencias, las cartas a colegas y redactores, una revisión de par sin terminar, aportaciones a iniciativas de gestión, cambios de gobierno en la estructura de la Fundación y aún más revisiones de las prácticas docentes. Había que volver a examinar —siempre hay que echarle otro vistazo— el plan de emergencia del hospital. Ya no sólo se contemplan simples choques de trenes, y palabras como «catástrofe» y «numerosos muertos», «guerra química y biológica» y «ataque grave» han perdido sentido a fuerza de repetirse. El año pasado se percató de que estaban proliferando nuevos comités y subcomités, y líneas de mando que llegaban más arriba y más allá del hospital, trascendiendo las jerarquías médicas, hasta los lejanos rincones de los ministerios y el despacho del ministro del Interior.